

ARMONIAS

LOS DOS ABUELOS

¿Recuerda el lector la solemnidad de los cantos y bailes de la liturgia lucumí que nos ofreció la Hispanocubana de Cultura el domingo pasado en «Campoamor»?

Pues bien, suponga que de repente todo aquello se hubiese parado en seco y que el tambor principal en homenaje al Príncipe Arebbwe Sholá Ibbwaró y su descendencia: era que yo, nieto de ese Príncipe, aparecía por el Capitolio para incorporarme al festival. Una vez dentro del teatro y recibidas por mí las saluciones de ritual, continuaba la fiesta con más animación aún.

Es lo que habitualmente ocurría en los cabildos lucumí de la Habana y Marianao cuando, siendo yo un niño, mi padre me llevaba algún domingo a esas fiestas.

Pasaron los años y ambos tomamos otros rumbos pero sin desdenar ni negar jamás nuestra estirpe. El no había heredado como el Maestro «Opilapkua», reliquias musicales o religiosas de sus antepasados africanos; pero era un buen músico de lo clásico y lo criollo, y me explicaba en el pentagrama las maravillas de armonía y ritmo que, como dijo en su conferencia el doctor Fernando Ortiz, son cualesquiera de estos toques y melodías de los lucumí, los gangá, los carabalí, los congos, los mandingas, los arará... Mi padre mismo sabía tocar algunos de estos tambores, y a la perfección todos los de la música ñánga o carabalí.

Con tales antecedentes espirituales y estéticos, ¿cómo no había de sentir yo tan adentro la emoción de este concierto sacro celebrado por la Hispanocubana para conmemorar el primer aniversario de su reaparición?

¿Y cómo no agradecer muy cordialmente, a título de cubano y de negro, al doctor Ortiz el bien que está haciendo a la cultura cubana y a la mentalidad de muchos negros con esta labor educativa y reivindicadora? ¿Y cómo no pedir para él y para la Hispano Cubana un aplauso nacional por la probidad docente y la dignidad cultural con que tratan el problema negro?

Obsérvese que lo negro no es espectación en la Hispanocubana, sino materia de estudio entrañable y trascendente. Al reivindicarse allí la aportación negra a la cultura cubana, se reivindica para la gente de color una estimación más importante aún que la de su aporte a la independencia de Cuba: el régimen político de los pueblos es cosa mucho más aleatoria y rectificable que su sedimentación espiritual. Con este estudio objetivo y triunfal para el negro, el afrocubano se sacudirá el complejo de inferioridad y el blanco desechará la preocupación de tener lo negro tan cercano. Es que ambos ganarán en conocimiento y estimación de la raíz africana que es complemento de la hispánica en la formación cubana.

El festival africano de la Hispanocubana no fué un «show» lucrativo para empresarios blancos y negros. No acudieron los negros al escenario de «Campoamor» en eterna servidumbre a divertir a los blancos por unos cuantos pesos. Aquello fué la primera lección objetiva de músicas y bailes litúrgicos del Africa negra como insistentemente lo subrayó el doctor Ortiz, cual hubiera podido serlo de la antigua Grecia, la China, la India, etc. Sólo que lo africano es más importante y perentorio para nosotros.

Así, y sólo para esos fines docentes y de reivindicación social, hubiera podido lograr este eminente fomentador de cultura que los herederos genuinos de nuestros ritos africanos se presentaran en público con sus instrumentos sagrados, sus coros y danzantes a reproducir algo de sus ceremonias litúrgicas.

Por este magnífico servicio a la cultura cubana, por esta comprensión de nuestras necesidades específicas, por esta confianza suya en los méritos del arte africano para triunfar en un análisis inteligente, por esta conciencia de la nobleza de los sentimientos religiosos de sus antepasados, por la exquisitez de sus toques, sus cantos y sus danzas, pido también un aplauso nacional para Pablo Roche («Opilapkua», que significa brazo maravilloso, según Ortiz) y para todos sus compañeros y compañeras de arte, y muy singularmente, para la primera ballarina, cuyo nombre lamento no recordar en este minuto. Es una gran artista, si bien conviene repetir que allí no se hizo nada que no fuese lo habitual en nuestros templos africanos. Más bien, deliberadamente hubo «restricción». De aquí que el elogio principal deba ser para el arte africano.

El público de la Hispanocubana merece también elogios. Llenó el teatro como para un Menéndez Pidal. Cuando D. Fernando Ortiz terminó la primera parte de su memorable conferencia y, tomando en manos el programa, comenzó a enumerar las piezas del concierto: a) Elegbwa, a) Ochún, a) Ochosi, a) Changó... en un movimiento automático y simultáneo cada cual sacó su programa para co-tejar la lectura. ¡Eso es interés verdadero!

Menéndez Pidal y «Opilapkua» pasan por la misma tribuna de la Institución Hispanocubana de Cultura. Y es natural. Ambos nos ilustran sobre lo más esencial en las raíces del lenguaje, el pensamiento y la emoción cubanos. Para los que son blancos puros o negros puros tiene esa presencia dual un serio interés de cultura. Para la gran mayoría que como yo tienen un abuelo español y otro africano, este binomio de razas y culturas es como un símbolo de los dos abuelos del pueblo cubano explicándonos lo que nos ha dado cada uno y encareciéndonos que aprendamos a utilizarlo en la formación de una cultura propia y más completa que las suyas respectivas.

Y si esto no es un mero simbolismo, sino un imperativo biológico e histórico, hacemos bien en no pretender contrariarlo, sino en encauzarlo con la mayor probidad espiritual.

Gustavo E. URRUTIA.

Am. junio 10/34

TRIMONIO DOCUMENTAL OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA